

A misty, mountainous landscape with dense forests and a small town visible in the distance. The scene is dominated by rolling hills and mountains covered in lush green vegetation, partially obscured by a thick layer of white mist or low-hanging clouds. The sky is a pale, overcast grey, contributing to a soft, atmospheric light. In the lower right corner, the rooftops and walls of a small town are visible, providing a sense of scale and location.

Edgardo Civallero

Un bibliotecario
en tierras muiscas

Un bibliotecario en tierras muiscas

Edgardo Civallero

© Edgardo Civallero, 2021.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

"Bibliotecario". <https://www.bibliotecario.org/>

Arañas

Crónicas de un bibliotecario en tierras muiscas (I)

Tomo el *tinto* del desayuno —así llaman en estas tierras al café negro— asomado a la ventana de la cocina. Por la falda de la montaña bajan jirones de niebla que lamen el pasto, de un verde intenso, y luego se deshacen. Esos jirones replican los que salen de mi taza, que con el frío mañanero no deja de exhalar volutas densas, blancuzcas y aromáticas. Amanece en estas alturas, y solo se oyen los últimos croares de las ranas de los vecinos juncales, el ladrido de alguno de los perros de la casa, o el maullido del gato que reclama sus mimos para empezar el día como se debe.

En primer plano, una araña teje su tela en la esquina superior de la ventana. Me quedo mirando sus idas y venidas casi hipnotizado. Esta casa está llena de arañas. He contado como una docena de especies diferentes: las verdes, y las amarillas, y las pequeñas rojizas, y esas otras oscuras y enormes que cazan en los rincones... Jamás les he tenido miedo: de hecho, me producen una curiosidad que oscila entre lo científico y lo artístico, de modo que las dejo andar a su aire y, cada vez que puedo, me las quedo mirando ratos largos.

Como a esta, que aún dibuja con hilo su tela en la ventana. Hace poco leí que las redes deberían ser consideradas como parte de las mentes de las arañas; unas mentes, por cierto, de una inteligencia prodigiosa [1]. Mi compañera continúa impertérrita su trabajo, ajena a mis pensamientos. Tras ella, más allá del vidrio, sigue desfilando el

rebaño de neblinas. Y más allá, a lo lejos, alcanzo a divisar ese parche de bosque altoandino que tan bien conozco: ese cuyos troncos están alfombrados de helechos, bromelias, orquídeas, musgos y líquenes, y entre cuyas ramas he visto volar tucanes y un montón de colibríes.

Estoy en las estribaciones montañosas cercanas a Bogotá, en plena cordillera andina colombiana. Estas son las antiguas tierras del pueblo Muisca, que algunos llamaron "chibcha".

Y aquí, las arañas —como la que se afana en mi ventana— fueron respetadas.

No fue el único lugar en el que lo fueron, por cierto. La argentina Ana María Shua —por citar a una autora latinoamericana— ha recopilado, en algún libro suyo, numerosos cuentos sobre Anansi, el Hermano Araña, una semi-deidad de los pueblos Akan africanos y sus descendientes caribeños, que se ocupaba de proteger los cuentos y relatos y que en ocasiones cumplía el papel de pícaro o *trickster*.

Aquí, en el altiplano cundiboyacense, las arañas también fueron importantes. Pero por una razón distinta. Y bien curiosa.

Intento recordar en dónde fue que leí eso. Mi instinto bibliotecario comienza a revisar citas que ya no recordaba tener almacenadas en algún rincón de mi cabeza. Finalmente la encuentro: fue en la *Gramática, vocabulario, catecismo i confesionario de la lengua*

chibcha de Ezequiel Uricoechea. Una de las pocas gramáticas del *muysk kubun* —la "lengua de la gente"— que sobrevivieron a la casi-desaparición del pueblo Muisca.

Así menciona Uricoechea a las arañas:

[Los Muisca] creían tal vez en otro mundo material después de la muerte mejor que aquel en que habitaban en donde encontrarían [sic] sus labranzas i cercados, i seguirían en las mismas faenas de esta vida, pues para ellos la idea de ócio no estaba ligada a la de bienaventuranza. Creían que después de muertos irían a ese mundo por unas barrancas i caminos de tierra amarilla y negra, pasando ántes por un gran río en unas balsas fabricadas en tela de araña, que en su lengua llaman (*sospcua zine*, balsa de araña) por cuyo motivo no era permitido matar estos insectos [2].

Ese es un Más Allá en el que me gustaría estar, me digo a mí mismo: pondría allí una biblioteca, y en mis ratos libres construiría flautas y violines de guadua, jugaría con todos los gatos que me topara, contaría cuentos a quien quisiera escucharme, o armaría marionetas con las maderas, hojas y bejucos que encontraría en los bosques llenos de helechos y musgos y colibríes que seguramente habría por allí también.

Sonrío pensando en todas las vueltas que esas ocho patas tejedoras de mi ventana hicieron dar a mi pensamiento en el tiempo en el que me tomé el café del desayuno. Y ella finalmente termina su tela. Esa tela con la que quizás un día haga mi balsa para cruzar al otro lado de un río que imagino caudaloso y lleno de espuma, como son todos

los ríos en estos parajes montañoses y paramunos de las tierras muiscas. Estas tierras verdes y neblinosas que hoy me acogen

Notas

[1] Robson, David (2020). Spider smarts. *New Scientist International*, February 8, pp. 42-45.

[2] Cita tomada de página xxvii de la *Gramática, vocabulario, catecismo i confesionario de la lengua chibcha según antiguos manuscritos anónimos e inéditos, aumentados i corregidos*, de Ezequiel Uricoechea (París: Maisonneuve & Cia., 1871).

El pájaro-insecto de los mil nombres

Crónicas de un bibliotecario en tierras muiscas (II)

Pasan como una exhalación, casi sin dejarse ver. Hay que tratar de seguirlos con la mirada, tener la suerte de que se detengan flotando bajo los pétalos de alguna flor, y observarlos con detenimiento para entender que se trata de pájaros. Sus colores recuerdan la paleta alborotada de un pintor expresionista, atrapada toda ella dentro de un copito de plumas que entraría holgadamente en el hueco de mi puño si se dejara atrapar, y que amenaza con deshacerse ante el más mínimo soplo.

Los veo todos los días. Y no me canso de seguir sus despliegues casi acrobáticos, sus ideas y venidas, sus vueltas y revueltas. Por aquí los hay de varias especies: con picos y colas largos o cortos, pechos de rojo sangre, lomos de un verde turquesa casi fosforescente... Se ocultan entre los arbustos, y en ocasiones parecen competir por ver quien se arriesga a acercarse más a las ventanas de la casa, o a la puerta.

En su primera *Memoria del fuego* Galeano escribió sobre uno de ellos:

Al alba saluda al sol. Cae la noche y trabaja todavía. Anda zumbando de rama en rama, de flor en flor, veloz y necesario como la luz. A veces duda y queda inmóvil en el aire, suspendido; a veces vuela hacia atrás, como nadie puede. A veces anda borrachito, de tanto beber las mieles de las corolas. Al volar, lanza relámpagos de colores.

Él trae los mensajes de los dioses, se hace rayo para ejecutar sus venganzas y sopla las profecías al oído de los augures. Cuando muere un niño guaraní, le rescata el alma, que yace en el cáliz de una flor, y la lleva, en su largo pico de aguja, hacia la Tierra sin Mal. Conoce ese camino desde el principio de los tiempos. Antes de que naciera el mundo, él ya existía: refrescaba la boca del Padre Primero con gotas de rocío y le calmaba el hambre con el néctar de las flores [1].

Quynza, o "quincha", los llamaban los Muisca, ese viejo pueblo en cuyas montañas vivo hoy. Yo les digo "colibríes". Aunque a lo largo de mi vida los he oído nombrar de tantas formas que ya no logro decidirme por ninguna.

Allá donde nací, a orillas del Río de la Plata, les dicen "picaflores". Pero en esa zona no suelen ser más que ilustraciones en un libro de ciencias naturales: el niño que fui solo oyó hablar de los tales picaflores, jamás vio uno. De ellos nos contaban leyendas nativas en la escuela: cuentos y narraciones como los que rescató Alfredo Mires [2], entre otros tantos.

Muchos años más tarde vi mi primer picaflor, anidado en un gigantesco helecho-mono que daba vida a un patio de la provincia de Chaco, allá en la esquina noreste de Argentina. Para entonces yo ya los llamaba "colibríes" (una palabra, *colibrí*, que al parecer, no viene ni del caribe ni del taíno, como muchos creen, sino del francés), aunque en aquellas tierras calientes los suelen conocer como "pájaro mosca" o como *mainumby*, su nombre en avá-ñe'é, la lengua del pueblo Ava o "guaraní". Mi asombro al

verlo fue mayúsculo, y todavía recuerdo la sonrisa idiota que me alumbró la cara todo ese día. Y los días siguientes.

Descubrí que había colibríes en las sierras centrales de la provincia de Córdoba, mi hogar por años en el corazón de Argentina. Allí usaban un vocablo del runasimi o "quechua" para nombrarlos: *qinti*. O "quenti". Al sur del país, por los horizontes patagónicos, los Mapuche los llamaban *pinda* o *pinza*. Como *siwarç* los mentaban en los Andes centrales, en donde el músico que soy supo de la costumbre indígena de meter colibríes disecados dentro de los enormes bombos andinos: al parecer, la magia de esos pájaros daba un poder especial al retumbar de los instrumentos.

Esa magia de los colibríes se refleja —pálidamente— en las muchas páginas que han motivado. Un ejemplo son las del fraile benedictino Martín Sarmiento, que no vio un colibrí en su bendita vida pero que, recopilando noticias ajenas en el Madrid de finales del siglo XVIII, escribió así de los fabulosos pajarillos:

Para realzar el primor de la pintura o bordado con plumas, apunta Aldrovando las plumitas del pajarito *tominejo* que hay en la América. De este pajarito es todo prodigioso cuanto se dice. Abulta poco más que una abeja, y el padre Acosta, viéndolos volar, creyó que eran abejas o mariposas. Gonzalo de Oviedo los llamó mosquitos. Pesose uno de esos pajarillos y, porque solo pesó poco más que un tomín (la tercera parte de dragma), le llamaron *tominejo*. Garcilaso (libro VIII, capítulo 19) trata de esos tominejos, a quienes en el Perú llaman los indios *quenti*. Clusio (en la página 96 de sus *Exóticas*) pinta el tominejo, dice que los

brasileños le llaman ourissia, que significa "rayo de sol", porque puesto al sol muestra un complejo de todos los colores finos. Hernández (página 320) pone seis pinturas de varios tominejos y le nombra en mexicano *hoitzitzil*.

Los modernos tratan del tominejo con el nombre colibrí. Monsieur Brison pone 6 especies de colibrí. Dice que el año de 753 estando con monsieur de Reaumur entró un francés que venía de la América y le regaló un colibrí hembra en su mismo nido. Algunos han escrito que el colibrí canta, pero todos concuerdan en que es el más pequeño pajarito de todo el universo. Que solo se alimenta en las flores del jugo, miel y rocío. Que donde todo el año hay flores, allí se conserva todo el año. En donde no, se amortigua seis meses y revive por abril. En aquel tiempo clava su piquito, que es como una aguja, en un árbol, y allí está colgado, como muerto, a imitación de las moscas. Sus plumitas no tienen comparación en lo delicado y variedad de colores finísimos, y sirven para una especie de pintura con plumitas en miniatura. No sé si han traído a España esos tominejos, siquiera porque tienen el nombre de tomín, que es una pesita del oro, según el marco de los castellanos [3].

Los tominejos —que así los conocen todavía en las tierras altas colombianas, aunque nadie sepa qué es un tomín— siguen deambulando entre las muchas plantas que rodean la casa en la que vivo. Esquivan hábilmente el acecho de los gatos, embelesan a perros y no dejan de maravillarme, lanzando destellos de colores incluso en media de la niebla de estas montañas bogotanas.

Allá van. Quizás, como decían los Mexica de Tenochtitlan en esa tradición recogida por fray Bernardino [4], se apresuran a revisar las flores para cargar las almas de los muertos —refugiadas entre los pétalos— y llevarlas al cielo del Oeste, la última morada de los justos. Su vuelo es, pues, toda una promesa.

Notas

[1] Eduardo Galeano (1991). *Memoria del fuego. Vol. I. Los nacimientos*. Madrid: Siglo XXI Editores.

[2] Alfredo Mires (2000). *Así en las flores como en el fuego*. Quito: Aby Yala.

[3] Martín Sarmiento (1772/2008). *De historia natural y de todo género de erudición, vol. II*. Santiago de Compostela: CSIC.

[4] Sahagún, Bernardino de (1585/1829). *Historia General de las cosas de la Nueva España*. México: Imprenta de Alejandro Valdés.

